

De nenas y manes

“¡Ush, éstas nenas hablan como manes!”: una aproximación etnográfica a las relaciones de género en la escena del rock transgresivo en Bogotá

ANDREA DE LA TORRE JAIMES
Universidad del Rosario, 2012, 156 págs.

A FINALES de los años ochenta, surgió en la escena del *rock* en España una banda que rompió y alteró el *statu quo* de la industria musical en el país. Extremoduro y su disco *Tú en tu casa*, nosotros en la hoguera de 1989 dio origen a un nuevo subgénero en el *rock* catalogado como Transgresivo, un estilo que con la honestidad de sus letras y el “deseo de describir lo que sienten los individuos con su más profunda crudeza”, –como De la Torre Jaimes lo describe–, cautivó seguidores con ganas de expresar sus más profundos sentimientos, público hastiado de la banalidad del pop ibérico que David Summers de los Hombres G, Alberto Comesaña de Semen Up y los hermanos Cano de Mecano pregonaban en sus pegajosas canciones. El pop fue avasallado por una banda que decía lo que sentía cómo quería. “Siempre me faltan horas de dormir, cómo me gusta no tener reloj, de madrugada me siento aún mejor. Ya soy muy listo, me sé equivocar cuando hablo de algo, lo he probado ya, todo el día hablando, no pienso parar”. Esta letra del tema “La hoguera” se convirtió en un himno que tuvo eco en Bogotá desde mediados de 2007, según las investigaciones etnográficas realizadas por la autora del libro.

Con la consolidación parcial de tribus urbanas en el país como los *candys*, los *punks*, los *emos*, los *góticos*, la alta penetración de internet en el país y la tímida pero imponente llegada de redes sociales como Facebook y Myspace, nuevas ideas tribus tuvieron cabida en el país. El voz a voz fue esencial para una masa crítica ávida de nuevas experiencias. Pequeños nichos adaptaron esta idea ibérica como propia en su versión colombiana. “El *rock transgresivo* no describe relaciones entre hombres y mujeres, sino relaciones entre personas. Lo importante es el sentimiento o lo que

produce en el otro y no qué apariencia tenga”, comenta uno de los seguidores del género encuestados. La cruda honestidad de sus letras, la opción de decir lo que se piensa sin tapujos, no disfrazar la realidad, evitar usar máscaras o estereotipos socialmente aceptados le permitió a los seguidores de este estilo mostrarse auténticos. “Es un *rock* más humano”, en palabras de uno de sus seguidores. Para llegar a este punto la autora revisó algunos aspectos conceptuales sobre la evolución del concepto juventud desde mediados del siglo XX cuando el rocanrol le dio la posibilidad a los jóvenes de expresarse con libertad. El estilo musical del *rock transgresivo* reside en una mezcla de *punk* y *hard rock* en el que las letras y el lenguaje soez conviven para avivar a masas con necesidad de expresarse. El baile desempeña un papel fundamental, pero su connotación agresiva hace que incurra en discriminación, así muchos de sus “feligreses”, insistan en que la igualdad de los seres es parte fundamental de su filosofía. La autora del libro analizó el comportamiento tanto de hombres y mujeres en diversos eventos en Bogotá, los cuales se realizan de manera muy esporádica y dependen de la venta de entradas por evento convocado. La mujer desempeña un papel secundario, compañía y fotógrafa, rara vez baila o poguea. Llama la atención el aura de clandestinidad que sigue rodeando la escena del *transgresivo* en Bogotá, pues la autora del libro no nos brindó un solo nombre de bandas de este género como para motivarnos a escucharlas, seguirlas en sus eventos o, por lo menos, tratar de oír sus letras transgresoras. Quizá, en parte, porque su filosofía es ser y dejar ser al otro, sin la necesidad de visibilizar esta idea de vida. Un estudio interesante y pertinente que nos permite conocer ese lado oculto de la Bogotá *underground*.

Jacobo Celnik